

Los niños no lloran





XII Certamen de Cuentos Por La Igualdad

Edita: Ayuntamiento de Alcalá la Real
Dep. Legal: J 756-2021
Textos: Rafa Vera Peinado
Ilustraciones: Lorena Domínguez Cano
Impresión: Publiprinters Global. S.L.
El copyright de los textos y las ilustraciones
pertenece al Ayuntamiento de Alcalá la Real

2021

Presentación

Los cuentos que contamos sirven para divertir, entretener, animar... y también para enseñar... A través de un cuento, los niños y niñas aprenden la importancia de la amistad, de resolver de forma pacífica los conflictos, aprenden qué significa la libertad, el compañerismo, la autoestima, la autonomía...

Los personajes de los cuentos se convierten en modelos para quienes los leen y escuchan.

Con éste cuento “**Los niños no lloran**” obra ganadora del XII certamen de cuentos por la igualdad, queremos contribuir con una historia que enseña a respetar y valorar las infinitas maneras de ser niña o de ser niño que pueden existir.

Espero que disfruten con su lectura.

Dulcenombre de María Medina Cano-Caballero
Concejal de Participación Ciudadana e Igualdad
Ayuntamiento de Alcalá la Real (Jaén)

Autor

Rafa Vera Peinado (Alcalá la Real, 1976) realiza con este cuento su primera incursión en la literatura infantil. Si bien tiene años de práctica en lo referente a leer cuentos (tiene tres hijas de dispersas edades) nunca se había decidido a crearlos.

Tiene publicada por la editorial Libros Indie la novela corta *Jaula*, 2020, y en Amazon un libro de relatos bajo el nombre de *Parrafadas*, 2016, dividido en dos volúmenes. También aparece en los números ocho y nueve de la revista literaria *La Tregua*. En prensa ha publicado quincenalmente su columna “Pues sí, Matías”, en *Alcalá Información*, entre el 2015 y el 2017. Tiene en su haber varios galardones y menciones en certámenes literarios y aparece en las diversas antologías de los mismos.

Desde sus estudios de Educación Social, y por su trabajo como dinamizador TIC para el programa Aldeas Digitales, trata de analizar la sociedad, de dónde viene y hacia dónde se encamina, para comprenderla y tratar de hacer de la formación un modo de llegar a la igualdad y la equidad. En estos contextos fue donde conoció el concepto de “nueva masculinidad”, algo que siempre ha estado ahí pero aún no tenía nombre. Y es en este concepto en el que se ha basado para redactar el cuento que tiene usted entre sus manos.

Instrucciones del autor

Aunque no suelen traer instrucciones, los libros (más aún los infantiles) sí que requieren de un protocolo que hay que seguir a rajatabla para poder disfrutar de los mismos:

- 1.- Debe leerse sentado junto a la cama de la criatura en cuestión a la que se le va a contar el cuento.
- 2.- Se priorizan, por lo tanto, las horas de la noche. Pero no muy tarde, que mañana hay colegio.
- 3.- Es obligatorio poner distintas voces para los distintos personajes.
- 4.- Un gallifante extra si además se acompaña la lectura con diversos gestos, aspavientos y pantomimas.
- 5.- Una vez leído las suficientes veces, o si por edad ya no hay un público objetivo en casa, debe regalarse o donarse para que siga su curso.

Hay una sexta regla, quizás la más importante: disfruta de la lectura y haz disfrutar a esas personitas que corretean por la casa. Mañana serán ellas quienes escriban y lean cuentos y la rueda seguirá girando.

Ilustradora

Lorena Domínguez Cano es una Diseñadora y Artista interdisciplinar procedente de Alcalá la Real. La creación e invención a nivel artístico han sido su pasión desde niña y no dudó en matricularse en la facultad de Bellas Artes, donde se especializó en Diseño Gráfico.

Técnica superior en proyección y dirección de obras de decoración, trabaja con técnicas tradicionales y digitales desarrollando su actividad profesional de manera freelance principalmente en el ámbito del diseño de interiores, publicitario y gráfico. Siempre tiene presente su formación artística la cual la ha ayudado a visualizar cada proyecto de una forma única e independiente.

Amante de la naturaleza y la sencillez de la vida campestre cree que es el momento de desarrollar diseños sostenibles, y empezar hoy mismo a contribuir en la sostenibilidad del planeta. Y es en ese punto nos cuenta, donde el diseño juega un papel determinante. Se necesita pensar en la sostenibilidad del planeta, en cómo economizar recursos naturales, el impacto en el medio ambiente y los residuos que se generan. Únicamente con la tecnología es posible seguir produciendo al mismo tiempo que preservamos el futuro, damos continuidad a la vida y, consecuentemente a los negocios.

Los niños no lloran

Pepa y Mario son “mejores amigos” del verano. Lo serían de todo el año si viviera siempre aquí, pero hasta ahora solo venía los veranos. ¿Qué es aquí? Te preguntarás. Pues te cuento.

Mamá y papá suelen irse a trabajar todos los veranos fuera, así que me dejan con el abuelo. El pobrecito vive solo todo el año. La verdad es que se las apaña bastante bien. El tito Miguel siempre dice que tenía que llevarse a su casa para cuidarlo, y la tía Virtudes que habría que contratar a alguien para que lo ayudara, pero entre unas cosas y otras ahí está el abuelo: viviendo como un rey entre su huerto, sus animales y todo el bosque del mundo que tiene a dos pasos de su casa.



Yo me quedaba con él los veranos, y jugaba con Mario y Pepa que vivían en una granja apenas a dos kilómetros de la nuestra. Íbamos de una casa a otra con las bicis, cosa inimaginable si estuviera en la ciudad, y sólo teníamos una norma que no podíamos quebrantar bajo ningún concepto: estar fuera después del atardecer.

Este año iba a ser especial. Yo aún no lo sabía, pero me esperaba una noticia al final del verano que puso todo mi mundo patas arriba.

Como aún no lo sabía, no tenía de qué preocuparme. Seguía jugando y aprovechábamos el día hasta el último rayo de sol.

Pepa era muy buena estudiante, y lo sabía todo sobre las plantas y los animales, además de matemáticas y mil cosas más. Quería ser maestra en un cole como el suyo. Mario, por otro lado, tenía cosas muy buenas. Pero había una que no tenía: miedo. No dudaba en subirse al árbol más alto, a la roca más escarpada, o bajar a la cueva más profunda. Más de un susto nos dimos por su culpa, pero siempre acababa diciendo — *a ver, es que si no se prueba no se sabe si se puede hacer o no* — y no le faltaba razón.

Apenas le quedaba a septiembre una semana para terminar cuando llamaron por teléfono a casa del abuelo. Él tiene todavía un teléfono de los que van pegados con cable a la pared, sin pantalla ni Tik-Tok. Ya sé que es inútil, solo sirve para hablar con gente y punto. Llamaron y eran mamá y papá.

—*Hola peque, ¿cómo vas con el abuelo? ¿Se porta bien?* — me preguntaron, como cada sábado que nos llamaban.

—*Se porta genial. Hoy mi amigo Mario se ha caído de un árbol y se ha dejado la rodilla en carne viva...* — no me dejaron terminar de contar la historia, papá tenía bastante prisa por contarme la noticia.





—*Ya. Bueno, verás. Sabes que últimamente está el tema del trabajo un poco delicado, y lo necesitamos para poder comprarte cosas chulas y algún día irnos de vacaciones. Nos han propuesto quedarnos todo el año aquí, y hemos aceptado. Así que este curso lo pasarás allí, con el abuelo. Ya tienes diez añazos y te estás convirtiendo en todo un hombre, así que pórtate como un machote que ya mismo nos vemos.*

Luego me pidió que le pasara el teléfono al abu y yo me quedé sentado en la cocina mirando a ninguna parte en especial.

No sé cuánto duró la conversación, pero me pareció que durante mil años estuve allí solo, pensando en silencio. *¿Todo el año fuera? ¿Todo un curso en un cole nuevo del que no sabía nada y que estaba casi a media hora en furgoneta? ¿Todo ese tiempo sin poder ver a papá y mamá?* Además de la presión que sentía por ser el hombre de la casa. Debería ser el abuelo, pero ya estaba muy mayor y, la verdad, a veces parecía que tenía la cabeza en otro sitio. No pude evitarlo y me eché a llorar.

Cuando el abuelo colgó aquel trasto tan pesado, inútil y escandaloso se acercó a mí, me abrazó, me besó en la frente y me dijo: — *“los niños no lloran”*.

Por suerte, el cole al que iba ahora era muy distinto al anterior. No es que el anterior no me gustara, ni mucho menos, pero este tenía cosas rarísimas y absolutamente maravillosas. Aquí no estábamos separados por clases, sino que nos juntábamos en la misma. Era muy gracioso, porque Mario siempre pensaba que las preguntas eran para él y había veces que fallaba alguna de infantil. Era muy listo, no tanto como su hermana, pero tan despistado que un día vino descalzo y no se dio cuenta hasta que se agachó para atarse los cordones. Y no los tenía, claro, por eso se notaba el pie tan suelto.

Otra cosa buena que tenía mi nueva clase es que pasábamos mucho tiempo fuera de ella. Largos paseos para ver el río, la pequeña cascada o alguna de las muchas cuevas que había por los bosques de alrededor. Siempre en fila, con cuidado al pasar por la carretera y, si estabas en los cursos superiores, cogías de la mano a las niñas y niños más peques.

Ese día íbamos a tomarnos la merienda junto a un antiguo lavadero. Hace unos cuarenta mil años, cuando las lavadoras valían tanto como un coche y solo las podía tener el rey, había en todos los pueblos un sitio donde poder lavar la ropa. Mi abuelo siempre me había dicho que lo de lavar la ropa era solo una excusa, que se juntaban las mujeres para charlar y contarse el día las unas a las otras. “*¿Tú no ibas, abuelo?*” le pregunté, y se rio por lo bajini. “*No hijo, eso era cosa de ellas. Ojalá hubiera ido, se aprendía muchísimo en esos sitios. Mi trabajo era ensuciar la ropa en el campo y el de tu abuela bajar a lavarla*”.

Menos mal, pensé, que hicieron lavadoras más asequibles y ya todo el mundo podía usarla, hasta el abuelo la tenía dominada. ¿Te imaginas qué tostón si hubiera que esperar meses hasta que mamá volviera a casa para poder llevar calzoncillos limpios?

Pero no quería hablaros de mi ropa interior, estaba diciendo que nos fuimos al lavadero para tomar allí la merienda y dar las clases al aire libre ya que hacía bueno. Mario no pudo contenerse y se puso a hacer la cabra. Pero literalmente, subía por sitios donde hasta la araña patas largas resbalaría. Hizo lo que tenía que hacer, y pasó lo que tenía que pasar: pum, catapún, chimpún y una brecha en la cabeza por la que se iban a salir todas las ideas que tenía de seguir escalando.





El maestro Javi vino corriendo al escucharlo llorar y yo no pude contenerme para decirle: —*Mario se ha caído, porque estaba haciendo el animal, y ahora está llorando. ¿A que los niños no lloran?*

El maestro Javi me miró extrañado y me dijo muy serio: —*Claro que lloran, y más si se hacen daño. ¿Quién te ha dicho a ti que no pueden hacerlo?*

Me callé porque no quería chivarme del abuelo, pero pasé todo el camino a casa avergonzado y sin dirigirle la palabra.

Ya después de comer, de la siesta, de hacer los deberes y de volver del huerto, se sentó en la mesa de la cocina y me preguntó muy serio que por qué no le hablaba desde que me recogió en el cole.

—*Es que hoy Mario se ha caído, un buen costalazo se ha pegado por hacer el borrico, y yo le he dicho que dejara de llorar; que los niños no lloran. Es lo que tú me dijiste, pero luego el maestro me regañó por habérselo dicho.*

—*Claro, hijo, normal que te regañara.*

—*¿Cómo que normal? ¡Pero si me lo dijiste tú!* — le dije entre confundido y enfadado.

—*Ah, vale. Ya entiendo lo que ha pasado. Es que no terminé de explicarme.*

Verás, lo niños no lloran, ni las niñas... sollozan cuando no pasa lo que desean que suceda; cogen un berrinche cuando les quitas los juguetes o les apagas la tele; gimotean cuando sienten cansancio y quieren irse a la cama; berrean cuando tienen hambre y no encuentran la comida; hipan cuando se han llevado un golpe y les duele bastante, como a tu amigo Mario. — me dijo el abuelo. Yo eso lo entendía, pero no comprendía qué me quería decir.

—*Hacen todo eso porque sienten un daño físico o una necesidad que no pueden controlar.* — Siguió diciendo. — *Lo tuyo fue muy distinto. Tú estabas llorando porque mamá y papá iban a estar todo el año fuera. Eso no es un daño físico, no sangra, no sale moratón. Es un daño de adentro que sale de las tripas, de los sentimientos. Y al llorar; lo que estabas haciendo es sacar esos sentimientos fuera.*

—*No entiendo nada*— le dije antes de que siguiera con ese galimatías, — *entonces ¿puedo llorar o no puedo llorar?*

—*Puedes, claro que puedes, y debes. Como te estaba contando, las niñas y los niños lloran como los pollitos que dicen pío, pío: cuando tienen hambre o cuando tienen frío. Pero cuando el dolor no es algo tangible, sino que viene de dentro. Cuando es un sentimiento que te aflora desde lo más profundo de tu ser y lo que te pide es llorar, eso no es un “llanto de niño, es un llanto de hombre”.*

—*Ya sí que me has liado, abuelo.* — Casi tenía ganas de llorar otra vez por no enterarme de nada.

—Tranquilo, que lo entenderás. Un hombre, como tú ya con tus diez añazos, necesita conocer sus emociones. No controlarlas, esconderlas, ocultarlas. Un verdadero hombre hecho y derecho, una verdadera mujer, una persona ya adulta, en resumen, las conoce y las gestiona. Y eso es lo que tú hiciste. Tenías una pena enorme, y comparto tu pena. Tu modo de gestionar esa pena fue llorar; igual que la mía por tener a mi hija y mi yerno fuera todo el año ha sido centrarme en ti. ¿Entiendes ya?

—Bueno, no sé, más o menos. — Creo que empezaba a ver por dónde quería ir el abuelo, pero, sinceramente, esperaba que terminara de aclarármelo rápido porque se me estaba olvidando el principio de la conversación.

—Pues eso es— dijo el abuelo suspirando y echándose hacia atrás en la silla —, que “los niños no lloran” por sus emociones y sus sentimientos, quienes lo hacen ya son hombres porque han madurado. Por eso estoy tan orgulloso de ti.

—¡Ahora ya te entiendo! Entonces, ¿si expreso mis sentimientos y mis emociones, si las conozco y las se manejar me convierto en todo un machote como decía papá? — pregunté muy entusiasmado.

—No, hijo. Si haces eso, eres humilde, sincero, aprendes a escuchar y a respetar te convertirás en algo mucho mejor y más importante: te convertirás en una buena persona. — Y el abu dio por finalizada la conversación con un abrazo fuerte de los suyos.

Al día siguiente llegué al cole y, nada más ver al maestro Javi, le expliqué todo lo que me había contado el abuelo.

¿Sabéis qué me dijo? Pues me dijo —*tu abuelo es una persona muy sabia y tú muy afortunado de tenerlo cerca.*

Así que ahora sigo queriendo que vengan mamá y papá cuanto antes, claro que sí, pero también estoy contento de tener aquí al abuelo como un segundo maestro.



Fin

Agradecimientos

A las personas que han formado parte del jurado del XII Certamen de Cuentos por la Igualdad, por su colaboración desinteresada y su sensibilidad.

- Juan Aguilera Cerezo. Representante de la Comunidad Educativa.
- Iluminada Fuentes Arcos. Representante de las Asociaciones de Mujeres.
- Rafael García Medina. Ganador del certamen de poesía Arcipreste de Hita 2021.
- Marina León López. Representante del mundo cultural.
- Nazaret Guardia Herrera. Representante de las Asociaciones de padres y madres de Alcalá la Real.

A todas las personas que han participado con sus obras en el duodécimo Certamen de Cuentos por la Igualdad organizado por el Ayuntamiento de Alcalá la Real (Jaén).



Ayuntamiento de
Alcalá la Real

